



LOS LIBERTADORES
FUNDACIÓN UNIVERSITARIA

TRÍPTICO PARA LA COMPRENSIÓN DEL ACTO INSURGENTE

Autores

Johan Sebastián Soto Triana

Carlos Alberto Rincón Oñate

Rocio Venegas Luque

COLECCIÓN **INVESTIGACIÓN**

Serie Psicología



LOS LIBERTADORES
FUNDACIÓN UNIVERSITARIA

Catalogación en la Publicación Fundación Universitaria Los Libertadores

Tríptico para la comprensión del acto insurgente / Johan Sebastián Soto Triana,
Carlos Alberto Rincón Oñate, Rocío Venegas Duque

Bogotá: Fundación Universitaria Los Libertadores, 2018.

113 páginas; 26 cm (Colección Investigación. Serie Psicología)

ISBN 978-958-5478-25-1 (impreso) | 978-958-5478-24-3 (digital)

1. Conflicto armado – Aspectos psicológicos – Investigaciones – Colombia – Siglo XXI 2. Desplazados por la violencia – Aspectos psicológicos – Investigaciones – Colombia – Siglo XXI 3. Proceso de paz – Aspectos sociales – Aspectos psicológicos – Investigaciones – Colombia – Siglo XXI 4. Psicología social – Investigaciones – Colombia – Siglo XXI 5. Adaptación social – Investigaciones – Colombia – Siglo XXI 6. Cambio de personalidad – Investigaciones – Colombia – Siglo XXI 1. Soto Triana, Johan Sebastián, autor II. Rincón Oñate, Carlos Alberto, autor III. Venegas Duque, Rocío, autora IV. Fundación Universitaria Los Libertadores.

SCDD 155.6718 T864c –dc23

Primera edición: Bogotá, diciembre de 2018

© Fundación Universitaria Los Libertadores
Bogotá, D.C., Colombia.

Cra. 16 No. 63A-68 / Tel.: 254 47 50
www.ulibertadores.edu.co

Juán Manuel Linares Venegas
Presidente del Claustro

María Angélica Cortés Montejo
Vicerrectora General

Luis Ignacio Aguilar Zambrano
Vicerrector de Investigación

© **Johan Sebastián Soto Triana**
Carlos Alberto Rincón Oñate
Rocío Venegas Luque
Coautores

Laura Rodríguez Mejía
Corrección de estilo

Dayro González Vargas
Diagramación

Diego A. Martínez Cárdenas
Coordinador Editorial

Los autores declaran que esta investigación fue financiada por la Fundación Universitaria Los Libertadores en el marco de la Convocatoria de Investigaciones internas de la institución.

Los conceptos emitidos en esta publicación son responsabilidad expresa de sus autores y no comprometen de ninguna forma a la Institución. Se autoriza la reproducción del texto citando autor y fuente, únicamente con fines académicos. En caso distinto, se requiere solicitar autorización por escrito al editor.

Contenido

INTRODUCCIÓN	9
1. De bandido a insurgente	15
2. El acto insurgente: aproximaciones que iluminan al sujeto rebelde en el posconflicto	29
3. Familias insurgentes: narrativas de la familia en las transiciones del conflicto al posconflicto en Colombia	79
CONCLUSIONES	108
ÍNDICE TEMÁTICO	111

Agradecimientos

Fueron muchas las voces de hombres y mujeres que se tejieron para poder elaborar esta trama de historias de amor y de guerra y que nos permiten reflexionar acerca de esta nueva arquitectura de paz. Por eso el equipo de investigación del Centro de Estudios y Acción Psicosocial PSIRCULAR quiere agradecer a la RED DE MUJERES EXCOMBATIENTES DEL SUR OCCIDENTE, al GRUPO QUE SE REUNE EN EL CENTRO a discutir de cine y de política, a quienes desde la cárcel nos aportaron sus vivencias y a los que en la vereda, ya sin armas, ahora se la juegan por un nuevo presente y futuro.

Introducción

La historia de la humanidad está construida por una seguidilla de situaciones en las que las pasiones funcionan como base constitutiva de la sociedad. La realidad nos muestra un ser humano en constantes conflictos consigo mismo y con sus semejantes; la guerra es una de las formas que encontró para dirimirlos.

Muy poco ha sido el tiempo en que la sociedad ha transcurrido más o menos tranquila. De los 5500 años de historia escrita, menos de 300 han transcurrido sin guerra, debido a que el ser humano está habitado por una estructura emotiva y volitiva que hace de la rabia y la envidia, sus afanes competitivos y sus odios el mejor de sus combustibles. Algunos autores se atreven a afirmar que la historia es una selección natural caracterizada por una lucha en que la bondad pocas veces es premiada, las desdichas abundan y la prueba final es la capacidad para sobrevivir. Seguramente lo hacen porque el concepto de desarrollo, derivado de una atávica búsqueda por el bienestar, se ha centrado en una suerte de competencia infame en la que priman el afán adquisitivo, la pugnacidad y el orgullo, y las necesidades de alimentos, tierras, materias primas y combustibles se han acompañado por un indeclinable deseo de dominio.

Sin embargo, algo en lo que fácilmente es posible ponernos de acuerdo es que la angustia, el dolor y la muerte derivados de la guerra no son un territorio fértil para consolidar un proyecto de país, que solo juntando lo mejor de la sociedad y de nosotros es posible salirle al paso a los afanes que ponen en riesgo la vida con dignidad. Ese es precisamente el imperativo de un proceso de paz.

El territorio que actualmente ocupa Colombia es un decantado histórico en donde acompañado de ruidos metálicos y pólvora, aparece la arrogancia de un viejo mundo que desconociendo miles de años de conocimiento, hizo pasar caballos y muerte sobre carnes rotas de caciques y gentes como una forma moderna de dominar mitos y pueblos añosos en procura de un proyecto republicano, el cual es a la vez producto de otras confrontaciones bélicas construidas sobre los ecos de la Revolución Francesa. Con esto y otros hechos constitutivos de nuestra historia, somos un sujeto social con una cadena de relatos, muchos de ellos violentos, que aunque no explican completamente lo que somos están en la base de nuestra forma de ser colectivo, comunidad y relaciones sociales. No se está haciendo referencia a una constitución única e

inevitable de la personalidad del colombiano que de manera definitiva explica su comportamiento y su cotidianidad. Se trata de reconocer la valía de este entreacto, de este soplo de tiempo que denominado paz nos da un respiro para poder reflexionar y pensarnos sin el efugio de las balas.

La academia no puede ser ajena a este llamado. El conocimiento acumulado, el saber diligente, la metodología asertiva y la certeza en que la búsqueda debe ser la de caminos que permitan la reconciliación se convierten en mojonos que guían su trabajo. Quizás no en la urgencia de buscar verdades sobre las cuales descansar los datos; tal vez más en la presentación de alternativas desde las cuales poder mirar y escuchar mejor el país que no es conocido por todos y en el bosquejo de propuestas que sumen esfuerzos para demostrar que hay oportunidades y no solamente una luz al final.

Esta es pues la línea que ha guiado el proyecto investigativo Aconteceres emocionales en el postconflicto, que desde el programa de Psicología de la Fundación Universitaria Los Libertadores se ha venido adelantando en procura de abrir una ventana y posar una luz sobre el universo psicológico que está presente en diferentes acontecimientos del proceso de paz, el posacuerdo y lo que viene como postconflicto.

El trabajo de campo y la relación paciente y directa con los actores de este conflicto armado que hoy nutre las reflexiones nos han permitido identificar algunas realidades que consideramos fundamentales que por esta razón queremos poner en un escenario público para que la comunidad en general, no solamente la académica, pueda tener acceso y construir con ellas un panorama más claro, o mejor, menos difuso.

El trabajo denominado Tríptico para una comprensión del acto insurgente es el tercero de los escritos que el grupo de investigación Psicología Integral y Desarrollo Humano ha producido, que se convierten en un intento por volver texto las narrativas que aparecieron como respuesta a la pesquisa por la emocionalidad involucrada en el conflicto armado.

Si bien nuestros primeros argumentos estuvieron dirigidos a entender la emocionalidad de las víctimas del conflicto, rápidamente y gracias a sus relatos nos dimos cuenta que la llamada espiral de la violencia en nuestro país pone como victimarios a personas que fueron víctimas en otros momentos, en una lógica funesta que desde algunas orillas conceptuales se ha denominado como principio de la recursividad, que no es otra cosa que una mirada alternativa a la linealidad histórica. Fue en ese tránsito que, entendiendo que la psicología no puede convertirse en un lugar para enjuiciar al sujeto, sino para avanzar en lecturas comprensivas de la realidad, nos acercamos a los excombatientes de la insurgencia y a su entramado emocional para buscar coordenadas en las cuales estén situados algunos aspectos con los cuales comprender el conflicto en su dinámica más interna: la de las emociones.

No obstante, es preciso anunciar que de entrada el texto asume un riesgo: hablar de la insurgencia ha estado signado por miradas que de soslayo la ubican como una categoría que implica una particular aprehensión. La investigación llevada a cabo, y este texto como uno de sus resultados, ha entendido que solo acercándonos a este tipo de fenómenos y enriqueciendo su comprensión podremos saber más de un sujeto social que ha estado en la clandestinidad y que una vez asume su lugar en la comunidad es pieza fundamental dentro del intrincado entramado de una paz estable y duradera. Por eso estamos claros en que la academia es una vía que permite encontrar formas para entender cómo se vive la guerra y cuáles son los efectos emocionales en las personas que han salido de ella.

Con lo anterior es posible entonces pensar un fenómeno histórico que acontece en un lugar particular, en el cual hay un sujeto, anterior al actual, que denominado bandolero, marcó la historia de los siglos XIX e inicios del XX. El primer capítulo del libro quiere sentar las bases para una lectura de este sujeto, que ha sido protagonista de estudios sociológicos e históricos importantes, pero que ha escapado a una lectura desde una mirada psicosocial a causa de que representa una particular forma de ser rebelde y sobre todo de ser entendido como tal dentro de un contexto cultural, económico y social. Allí se tejen entonces varios encuentros y sendos retos. Uno de ellos es entender la influencia en la estructura psíquica de una sociedad rural, la consolidación de relaciones de patronazgo que inscriben al sujeto en tensiones sobre lo justo del reparto del bienestar y una forma de vivir lo político desde una figuración partidista radical que funda odios y venganzas.

Ello confluye en la idea del bandolero y su lugar simbólico que antecede al insurgente actual, sobre todo porque en la figura de este hay una suerte de forma arcaica de protesta social que aunque carecía de organización, estaba situada en una particular forma de ser sujeto rebelde o como en algún momento los llamarían: campesinos proscriptos, porque encerraban una forma de descontento rural que tomó una forma particular. No sin entender que el tránsito de bandolerismo a guerrilla tiene una ruta que debe ser explicada en profundidad, ante lo cual hay una profusa producción teórica. El segundo capítulo se ocupa del guerrillero como el sujeto que, determinado por unas causas que son de orden social, cultural y político, insurge a partir de un movimiento que tiene su primera manifestación en lo subjetivo. Hablamos de un acto inaugural. En este sentido, la investigación hace un especial énfasis en las historias de vida de excombatientes, en el intento de encontrar las influencias tempranas que están en la base de su opción insurgente o como lo denominamos en el texto en su estructura mítica.

El tríptico se completa con un acercamiento al fenómeno familiar que acompaña el desarrollo del sujeto insurgente. Su propósito es describir el lugar que

ocupa la familia en sus narrativas y la manera como se configuran los sistemas relacionales de pertenencia como base para la comprensión de sus identidades.

Así las cosas Tríptico para una comprensión del acto insurgente es el resultado de varios años de acercamiento investigativo al fenómeno del conflicto desde la arista del llamado “actor armado”, que por obvias razones llama a su precisión toda vez que con ella es posible reconocer un tópico y una particularidad en la cual se logran establecer unas coordenadas sociales, culturales y emocionales que nos permiten entender elementos de nuestra historia y nuestro desarrollo republicano hasta hoy.

En la figura del insurgente descansan una serie de elementos relacionados con la desigualdad social, la brecha campo-ciudad, un campesinado y un movimiento indígena cada vez más marginados, la tensión ideológica y su correlato con la tierra en la construcción de una nación con pretensiones de modernidad, y por lo tanto aspectos de orden emocional que transitan entre la inconformidad, la objeción, la rabia, la desesperanza, el compromiso a ultranza y el malestar social. En tal sentido, acercarse a los relatos de quienes han hecho parte del movimiento insurgente es también identificar desde su lugar reivindicativo una forma de entender la realidad y su construcción.

Metodológicamente el centro del ejercicio investigativo está protagonizado por excombatientes de diferentes grupos armados que hicieron parte de los procesos de paz de la década del 90 y del actual, con la claridad de que este último se caracteriza por tener elementos inéditos que lo hicieron particularmente interesante. Fueron varios grupos focales en el Valle, Cauca y Bogotá los que permitieron a lo largo de dos años ir recabando detalles para un corpus que, igualmente de manera inédita, presentara a un actor histórico, que debido a la manera en que se teje nuestra cotidianidad, ha sido ubicado por la academia como un objeto de estudio y pocas veces como un sujeto social que a lo largo de los siglos XX e inicios del XXI dejó una huella en la historia y una realidad en diferentes regiones de la geografía nacional.

La decisión de hacer parte de una organización guerrillera, el encuentro con la guerra como uno de sus correlatos, la vida clandestina y la doble o triple personalidad (no como entidad patológica sino como una lógica subversiva), el lugar que ocupan las figuras familiares en la estructuración de un sujeto, que a la postre tomará una decisión vital, y por esta misma ruta el lugar de la escuela y otros escenarios de socialización son material suficiente para reconocer que el acto de hacer parte de una estructura insurgente, es decir, el acto de insurgir, es un proceso y no una inmediatez producto de la fuerza o la violencia aunque haya particularidades que así lo evidencien.

Los relatos que acompañan el desarrollo de esta investigación y que le dan arquitectura a este texto han sido transcritos, identificados y ordenados gracias a que en ellos se identifican categorías que dejan entrever su tejido

emocional y por lo tanto reconocen que la insurgencia está constituida por una realidad psíquica que no puede mirarse de soslayo y que marca un imperativo en procura de entender su importancia para lograr un proceso de paz estable.

No estamos diciendo que dada su característica psíquica su tratamiento es clínico, con lo cual estaríamos fundamentando los modelos patologizantes que acompañan el proceso de reintegración y su núcleo traumático. Nada más ajeno a este texto. Por esta razón, entender el sujeto que surge como uno emocional desde un marco interpretativo en el cual comprender el fenómeno psíquico en su dimensión también política, es entender que la paz y la reincorporación son fenómenos potencialmente emocionales que deben tener en cuenta esta condición para fortalecer el complejo tejido social que subyace a la nación multiétnica y pluricultural que somos.

Sin embargo, y como exigencia derivada del trabajo de campo y las discusiones que lo acompañaron, se hace preciso realizar un desarrollo historiográfico sobre la comprensión del fenómeno del bandolerismo y su relación con el movimiento guerrillero para igualmente identificar aspectos de orden cultural que inciden en el comportamiento y el pensamiento rebelde que resuenan en el insurgente de mediados de siglo.

En suma, la pregunta que acompañó el último periodo de la investigación y que intentó centrarse en las motivaciones llamadas revolucionarias, ideológicas y políticas que incidieron en la militancia a un grupo guerrillero fueron dando cuerpo a la pregunta por la estructura psíquica que acompañó tanto la decisión, como la construcción de un acto al que hemos llamado acto insurgente como categoría de análisis que nos acerca al intrincado universo psíquico que acompaña la construcción de un sujeto que en un momento de su vida optó por la lucha armada como forma de transformar la sociedad.

Presentamos entonces un texto que en su estructura tiene varias características importantes. En primera instancia una importante base sustentada en fuentes primarias que no solamente le da solidez y robustez a lo expresado, sino que permite una más clara comprensión del fenómeno desde los y las protagonistas, sus relatos, inflexiones y silencios. Segundo, una ordenación conceptual que presenta diferentes dimensiones de análisis de un fenómeno que es de interés general y que en pocas ocasiones tiene un tratamiento desde el lugar que el texto presenta. Presentamos en este libro una lectura inédita en muchas de sus aristas de uno de los aspectos más importantes, pero menos trabajados del postconflicto, la dimensión emocional y con ella el ser humano que ha dejado las armas para integrarse a la sociedad civil.

CAPÍTULO 1

De bandido a insurgente

Joan Sebastian Soto Triana¹

La noción del bandolero ha sido explorada por uno de los grandes historiadores del siglo XX, Eric Hobsbawm, quien desarrolló de manera inicial y exploratoria una vía que permite analizar o, si se quiere, interpretar la manera en que los sujetos de cierto tipo de sociedades se inscriben en un camino de rebeldía que los lleva a transgredir las normas instauradas por los Estados y gobiernos.

La tesis principal de Hobsbawm es que el bandolerismo nace como respuesta a las duras políticas de Estado que privilegian la posición de ciertas personas o familias por encima de las gentes que pertenecen al pueblo campesino. El fenómeno se matiza de acuerdo al momento histórico pues se afirma que en las economías capitalistas, en las que se ha desarrollado un proceso de capitalización del ámbito rural, los bandoleros son producto de políticas de diferenciación de clases y de privilegios entre quienes acumulan el capital y quienes lo producen. Los bandoleros pertenecientes a la Edad Media e inicios de la Edad Moderna se asociaron a movimientos que trataban de preservar la vida por el sometimiento a la hambruna en la que vivían las clases rurales (Hobsbawm, 2001).

Ahora bien, la lucha por las condiciones de existencia entre las comunidades rurales lleva a que los hombres busquen formas alternas para la consecución de recursos. En este sentido, el bandolero se reproduce como efecto de las pocas posibilidades de acceso a bienes y a la posibilidad de quitar a los poderosos los recursos políticos o riquezas que les sobran. Como afirma Hobsbawm (2001, p 10): “la historia del bandolerismo, incluido el bandolerismo social, no puede entenderse ni estudiarse bien excepto como parte de la historia del poder político, el cual, en sus niveles más altos, es el poder de los imperios y los estados”.

La tradición historiográfica ha respetado el concepto de bandolerismo social proveniente del análisis ya clásico de Hobsbawm (2001) definido como

¹ Joan Sebastian Soto Triana. Docente Programa de Psicología de la Fundación Universitaria Los Libertadores. jsotot@libertadores.edu.co.

Lo esencial de los bandoleros sociales es que son campesinos fuera de la ley, a los que el señor y el Estado consideran criminales, pero que permanecen dentro de la sociedad campesina y son considerados por su gente como héroes, paladines, vengadores, luchadores por la justicia, a veces incluso líderes de la liberación, y en cualquier caso como personas a las que admirar, ayudar y apoyar. Es esta relación entre el campesino corriente y el rebelde la que confiere su interés y significado al bandolerismo social (p. 32).

En *Rebeldes Primitivos*, se presenta el bandolerismo social como una forma primitiva de protesta social. Se explica el talante de “primitivo”, aduciendo que el bandolero social no es una expresión estructurada y en ocasiones ni siquiera organizada de movimientos sociales que incluyen grupos que pretenden un proceso de rebelión contra un tipo de política o el Estado mismo (Hobsbawm, 1983). Lo que se puede rastrear del bandolerismo social primitivo es la reacción ante formas de aparición de distinción de clases y del ascenso de formas de opresión en torno a la producción y repartición del capital en sociedades que entran en los procesos de industrialización.

La anterior apreciación sobre el bandolerismo social le vale a la historiografía la posibilidad de examinar las fuentes en las que se gestan las disputas sociales que en su trasfondo tienen implicaciones en la dinámica del conflicto de clases expresada de manera inicial por el análisis hegeliano de la dialéctica del amo y el esclavo. La fuerza de este análisis se concentra en su planteamiento dialéctico que permite evaluar las condiciones materiales que posibilitan el conflicto: “cuando empiezan a surgir sistemas propios de diferenciación de clases o cuando son absorbidas por organizaciones económicas más amplias basadas en la lucha de clases, puede aparecer un número elevado de bandoleros sociales” (Hobsbawm, 2010. p 34).

La tesis de Hobsbawm (2010) se complementa con el argumento que la modernización de los Estados y sus instituciones produce una legitimidad social tal que minimiza o suprime definitivamente el surgimiento de bandoleros sociales. Las condiciones de bienestar que proveen los Estados reducen las posibilidades de conflicto de clases y suponen una lógica de aumento de los réditos de la productividad que se distribuye en las diferentes capas sociales, con el efecto deseado de acabar con los rebeldes a partir de procesos de bienestar social. Esta tesis está respaldada por los datos de Estados que han logrado un grado de modernización superlativo como Inglaterra o Alemania, y contrasta con los datos de bandolerismo social en Estados que se encuentran en pleno desarrollo económico e institucional como Colombia a principios del siglo XX.

Entonces el bandolerismo social en torno a los procesos de resistencia específica de ciertos sujetos sobre las políticas de distribución del capital se puede observar en diferentes episodios del desarrollo de las naciones que entran en procesos de modernización. Parece que es un claro signo del camino

de los procesos sociales a formas de industrialización que se caracterizan por la brecha en el bienestar social de quienes ostentan los medios de producción y quienes venden su fuerza laboral. Por supuesto, esta dialéctica, como menciona Marx (1983), produce una suerte de conflicto en el que se encuentra una expresión particular como síntoma: el surgimiento de un sujeto que se rebela contra las formas de sumisión y, por supuesto, en la manera de la distribución de la plusvalía.

Ahora bien, siguiendo la clásica forma de expresión analítica expuesta por Hegel (1973) en la dialéctica del amo y el esclavo, la relación conflictiva que surge entre la operación capitalista, entre quien ostenta los medios de producción y quien vende su fuerza de trabajo, revela una instancia de resistencia que se caracteriza por el levantamiento rebelde en contra del que funge como amo. En términos de esta dialéctica, el esclavo se vuelve contra su amo, reclamando una distribución justa de los excedentes; sin embargo, como en la mayoría de los casos, el amo no accede a las intenciones de la base, el bandolero se adjudica el valor subjetivo de la justicia y produce lo que característicamente se ha conocido como un bandido que roba al amo para dar al esclavo la clásica figura de Robin Hood.

Siguiendo la dialéctica, la perspectiva del bandolero social se ve respaldada por la base. El campesino, que observa que uno de sus coterráneos se alza en una reivindicación que al parecer es justa, asume como buenas las acciones del rebelde y en consecuencia genera una filiación que le permite validar el comportamiento. En consecuencia, lo que en cualquier sistema de valores se puede condenar como un comportamiento moral reprochable como robar o matar, se torna una consecuencia aceptable en medio de la reivindicación del ejercicio de justicia por parte del rebelde.

El proceso de aparición del rebelde despliega una interpretación en la sociedad, los sectores que están de acuerdo con la reivindicación ven como legítima la acción moral, por el contrario, los estamentos institucionales que promueven el orden estatal condenan el proceder y las consecuencias, manifestando que el rebelde ha traspasado los límites de la justicia y automáticamente se ve referenciado como un criminal. En este sentido, el rebelde se ofrece como un bandolero social para sus iguales, que provoca simpatía e incluso legitima su accionar, permitiéndole asumir un significado novedoso en la vida social, que incluye la admiración de sus congéneres, la protección de su vida y su accionar y la complicidad de la comunidad:

Importa que el balbuciente bandolero social sea considerado como «honrado» o sencillamente como no culpable de delito, por los vecinos de la región, ya que de lo contrario, y si fuere visto como infractor de los valores locales, dejaría de gozar de la protección local con la que debe poder contar del todo. Desde luego, casi todo el que

tome la contra a los opresores y al Estado será con toda probabilidad considerada una víctima, un héroe, o ambas cosas. Una vez huido un hombre, pasa pues a tener la protección natural de los campesinos y también la que le proporciona el peso de la norma local, que defiende «nuestra» norma —la costumbre, la enemistad de sangre o lo que sea— contra la de «ellos», y «nuestra» justicia contra la propia de los ricos (Hobsbawm, 1983, p. 32).

Es importante notar que en el análisis de Hobsbawm, tanto en *Rebeldes Primitivos* (1983) como en *Bandidos* (2001), la idea del bandolero es atribuida solo a los escenarios rurales donde el campesino tiene contacto con personajes que se alzan contra las injustas formas de reparto del capital o del poder, lo que no significa que sean estructuras organizadas capaces de producir movimientos revolucionarios o formas organizadas de reivindicación de una clase sobre otra, de manera que no se presentan formas de cambio institucional o estatal producto de la actividad rebelde:

Aun en sociedades atrasadas y tradicionales en las que hay bandidos, el bandolero social solamente surge mientras el pobre no ha alcanzado conciencia política ni ha adquirido métodos más eficaces de agitación social. El bandolero es un fenómeno prepolítico, su fuerza está en proporción inversa de aquella con que cuentan los movimientos revolucionarios agrarios organizados, y el socialismo o el comunismo (Hobsbawm, 1983, p. 42).

Siguiendo la cita anterior, se propone que en el escenario del bandolero social, las comunidades que lo protegen parecen prescindir de los argumentos políticos para producir formas organizadas de reivindicación social. Esta es una característica particularmente importante que permite el análisis de la conciencia social y de movilización política específica de una fase primitiva del desarrollo de las sociedades modernas.

En tanto los instrumentos de la movilización social están concentrados en la forma específica de administración de justicia por la vía de un sujeto, que se atribuye las formas de intervención en torno a las justas causas, las formas de aparición de escenarios de reivindicación social quedan suspendidas en su fuerza a unas cuantas escaramuzas que no alcanzan a subvertir el orden social imperante. En este sentido el bandolero social queda atrás en la consigna de un cambio de estado de las relaciones de poder que demandan una acción social de mayor profundidad.

Ahora bien, en la tradición historiográfica en Colombia se encuentra una versión que intenta analizar los lugares del bandolero social en las largas historias y diferentes periodos de enfrentamiento y violencia entre actores sociales como campesinos, terratenientes, partidos político, el Estado, etc. Una producción pionera en la manera de clasificar los bandoleros en Colombia se encuentra en Sánchez y Meertens (1983) en el texto: *Bandoleros, gamonales y campesinos*.

El caso de la violencia en Colombia, en el que se concentran en retomar las categorías de Hobsbawm, para derivar una explicación de la aparición de los bandoleros en la época de la Violencia en el país.

En el trabajo de estos autores se resignifica la categoría de bandolero social como un ejercicio no primitivo de participación política y activa, en la que se muestran figuras personales que se levantan contra los intereses de los poderes estatales o contra las formas de opresión e injusticia social en torno a las labores del campesinado y su relación con los terratenientes y gamonales. Sin embargo, los autores extienden las posibilidades analíticas formulando una categoría adicional que permite comprender la transición entre pequeñas apuestas rebeldes a ejercicios de movilización comunitaria más grandes, que comprometen una reunión de recursos sociales, económicos y políticos más extensos.

El concepto que surge como medio para explicar la transición entre un bandido que emerge como un gran activista aislado y un bandolero social que forma parte de una organización que tiene un objetivo político claro se denominó bandolero político. Este se configura en una época específica de la Violencia ², entre 1958 y 1965, y sus características principales fueron la existencia de relaciones institucionales o semiinstitucionales y el apoyo pasivo o activo de las comunidades rurales pertenecientes a su mismo partido (Sánchez & Meertens, 1983).

El bandolero político en el contexto colombiano remite entonces a una condición histórica particular, se propicia a partir de las formas en las que la violencia irrumpió en la cotidianidad del campesinado en el país; la actividad de lucha de los bandidos se originó en la simpatía que despertaban los partidos políticos tradicionales —conservador-liberal—, herederos del poder y la tradición del gobierno desde la segunda mitad del siglo XIX. La época de la Violencia degeneró en enfrentamientos entre los seguidores de los dos partidos y llevó a fraccionamientos de la comunidad civil que se expresaron de manera agresiva en constantes formas de perseguir y derrotar al contrario (Sánchez, 1991).

En este proceso de rompimiento de la vida civil campesina, la estructura de poder seguía la línea de los terratenientes y gamonales hasta llegar a las clases campesinas y obreras. Los partidos políticos ponían sus esfuerzos en la consecución de simpatizantes a través de estrategias de convencimiento a los campesinos y obreros utilizando como medio al terrateniente en una suerte de

2 La Violencia es como se denomina al periodo histórico de Colombia en el siglo XX, durante el que hubo enfrentamientos entre simpatizantes del Partido Liberal y el Partido Conservador. Se caracterizó por ser extremadamente violento, incluyó asesinatos, agresiones, persecuciones, destrucción de la propiedad privada y terrorismo por el alineamiento político sin ser considerado un proceso de guerra civil.

ordenanza feudal. En estas condiciones, el reparto geográfico de los partidos también cumplía una función importante ya que en diferentes departamentos y municipios del país uno u otro partido habían conquistado la tradición y la herencia de simpatizantes desde el siglo XIX.

Esta forma de relación partidista en términos políticos permitió el surgimiento de grandes figuras de bandoleros que reclamaban la bandera de los partidos y se tomaron para sí la obligación de formar movimientos que reunieran recursos para fortalecer la posición de sus banderas políticas, aún a costa de perseguir y violentar a sus contrarios. Es decir, los bandoleros políticos se constituyeron como sujetos que tomaron la ideología partidista para desarrollarla en el campo la confrontación contra aquellos que no simpatizaban con sus ideas, fuesen sus contradictores otros campesinos, autoridades locales o el Estado en su máxima expresión de gobierno (Sánchez & Meertens, 1983).

Los bandoleros políticos se caracterizan por su relación con establecimientos políticos partidistas muy férreos; existen en la historia de nuestro país casos en donde los bandoleros han dejado huellas imborrables como Efraín González “siete colores”. Este personaje vinculado con el partido conservador representa la figura del bandolero político que reivindica la posición ideológica de su partido y su ejercicio social consiste en una confrontación directa contra personas e instituciones que rivalizan con su partido (Steiner, 2006).

La figura de Efraín González en un primer momento encarna la definición del bandolerismo primitivo que surge producto del conflicto social bipartidista en el país, sus motivos obedecen a procesos de venganza asociados a la muerte de su madre y el posterior desplazamiento forzado al que se vio abocada su familia por acción de las guerrillas liberales en la provincia de Vélez en Santander. Su fama se relaciona con los diversos ataques a personajes contradictores de su partido, a las acciones de escape, a las persecuciones del ejército y a su confrontación directa con las guerrillas liberales en la época de la Violencia.

Steiner muestra la manera en que Efraín González operaba en los territorios y los alcances que tuvo en la producción sistemática de procedimientos contra líderes del partido liberal:

El Presidente Guillermo León Valencia recibe un telegrama de un grupo de mujeres liberales de Saboyá, recordándole que lo habían ayudado con optimismo a que el Frente Nacional ganará las elecciones. Por lo tanto, esperaban justicia: ‘Acabamos de enterrar veinte cadáveres de los veinticinco cadáveres, dieciocho mujeres más se están muriendo en el Hospital de Chiquinquirá... todas eran liberales que votaron por usted’. El bandolero, autor de este terrible crimen, alguna vez fue llamado en el Senado de la República como el Robin Hood de los campesinos de Santander y Boyacá (Archivo General de la Nación, 1960, tomado de Steiner, 2006 p. 4).

Uno de los hechos más recordados en los que participo “siete colores” fue la masacre de la Flota Reina. Él y su banda interceptaron un bus que viajaba de Albania a Chiquinquirá para asesinar a un enemigo (liberal) que supuestamente viajaba allí, el ataque dejó 24 muertos y 13 sobrevivientes que relataron los horrores del episodio. Este caracteriza las acciones asociadas a la necesidad de eliminar al rival y las formas de venganza que asoman en las motivaciones; además, deja ver la escena de matar como un acto político, en el que el principal mensaje es la legitimación de cualquier medio para ganar la pugna política.

En Trochas y fusiles, Alfredo Molano (2017) recoge historias de personajes que pueden ser leídos como bandoleros políticos de la época de la Violencia que terminaron en una de las guerrillas más importantes de América Latina. En el texto, Molano muestra algunos orígenes y proceso de construcción de los bandoleros vinculados con problemáticas sociales que los llevaron a tomar la decisión de seguir una causa partidista o los senderos de la rebeldía contra estamentos sociales específicos:

Nuestra pelea comenzó por las pesas. La hacienda no aceptaba pesar el café sino con sus propias romanas, que todos sabíamos adulteradas, cargadas para su lado (...) Nos metimos a la lucha con el movimiento que formó Gaitán, invitamos a una asamblea de tabloneros en El Limón y planteamos la cosa de las romanas. El alcalde que era un buen liberal, nos respaldó (...) Con ello comenzó una pelea que aún no termina. Nos presentábamos a las haciendas con nuestra romana el día que estaban pesando y mostrábamos la diferencia de pesos. La gente, contenta, nos apoyaba. Comenzó a ver su derecho y a hacerlo valer (Molano, 2017, pp. 16-17).

En el fragmento anterior, se observa una clara iniciativa individual que propende por la causa que en el sentir de los actores sociales son justas. Esa noción de lo justo aparece como un factor motivante para la movilización social y se expresa en la organización de los sujetos individuales en función de causas que propenden por el bienestar colectivo. Un elemento adicional que se retoma en este fragmento es la reivindicación de las causas sociales de los trabajadores en contra posición a la explotación e incluso estafa a la que se someten por los patronos. Esta pedagogía que pone de manifiesto la utilización de medios desfavorables para los campesinos se realiza como estrategia para educar en la necesidad de un pensamiento mayormente sensible a las injusticias y el reclamo de interacciones económicas justas, es decir, es un ejercicio pedagógico que implica una reflexión política que desemboca en acciones sociales que rescatan los derechos de los actores en función de la transacción económica.

Observemos en un relato adicional la postura política que se desenvuelve en el discurso de los actores del bandolerismo:

Una tarde llegó a Coronillas, la finca que yo estaba haciendo, don Alejandro Londoño, a contarme afanado que había sabido que en el directorio conservador se hablaba de

mí como el comunista que armaba la chusma. (...) Era cierto: en la vereda que llamábamos Apicalá teníamos organizadas unas comisiones con cuatro escopetas que no alcanzaban más de dos metros, hechas para el pajareo y no para la guerra. Habíamos organizado las comisiones porque en una vereda cercana, llamada el Totumo, la chulavita había masacrado a una familia liberal entera y había hecho chicharrón con ella. (...)

Le hice caso a don Alejandro, dejé la finca y me fui para Algeciras a manejar la cosa directamente. Yo era el jefe de los comunistas y el único que había prestado servicio militar. Tocaba afrontar. A la vereda de Chicalá, en el Combeima, comenzó a llegar gente perseguida que a nosotros la amparáramos (En Molano, 2017.pp 22-23).

En el relato es evidente la puesta en marcha de una actividad que nace como parte del ejercicio político del bandolero, refiere la actividad de cuidado por los otros sociales que están en condiciones de vulnerabilidad respecto a la violencia. En este sentido, el bandolerismo social se ve superado en términos analíticos porque la actividad del bandolero traspasa la búsqueda de trasgresión de la norma para conquistar los elementos que injustamente nunca se le dan en lo social, de otro lado, se vuelve un referente de la actividad de resistencia y se configura como un personaje que provee condiciones de seguridad ante la vulnerabilidad. Este giro que se da en los personajes de la época de la Violencia en Colombia lo configuran como un bandolero que tiene una causa política e inicia con incipientes formas de organización que derivan en la conformación de grupos comunitarios en función de acciones coordinadas para la defensa en primera instancia.

El relato continúa describiendo la estrategia para garantizar la consecución de recursos y la posibilidad de alinear actores sociales de relevancia para fortalecer los propósitos grupales:

Yo había oído hablar de que por los lados del Río Blanco se habían levantado los Loaiza y los García. Tomé la decisión de acercarme a hablar con ellos, a plantearles el negocio de armarnos. Estuve hablando con don Gerardo. Le conté de la situación nuestra, la situación de tanta familia, de tanta viuda, de tanto huérfano. Tanto lo asusté, que me dijo: «¿cómo los alimentamos?» «Ellos saben trabajar —le contesté—, siempre han trabajado» (Molano, 2017, pp. 22-23).

El ejercicio político que se deriva del accionar de proveer seguridad y condiciones de sustento al grupo implica una forma diferente en la conciencia del bandolero, en ella la justicia supera la versión del robo o el pillaje para repartir entre los pobres del robo o del chantaje, se ven superados en las acciones de negociación con actores sociales que ostentan medios de producción. Ya no se trata de generar un grupo que interviene las condiciones de los patronos, sino una organización que incluye alianzas y suma intereses ideológicos para producir acciones comunitarias a escala más grande. El efecto político es la

producción de una organización que alinea los intereses entre patrones y trabajadores para producir la resistencia a las fuerzas opositoras y legitimar las acciones armadas con un sustento ideológico específico.

Moreno (2008) explica que la categoría de bandolero social definida por Hobsbawm se ve ampliada de manera sistemática y con mejor perspectiva analítica para los casos de la Violencia en Colombia por Sánchez y Mertens (1983), en tanto que muestran la manera en que diferentes actores sociales se ven abocados por intereses claramente partidistas que los inscriben en formas de actividad política que incluyen, en algunos casos, la organización de grupos armados para la erradicación del otro, contrario a su partido, y en otros casos, la organización para la defensa y los intereses de grupos sociales vulnerables.

Esta forma de pensar al bandolero político propicia un análisis de la manera en que su vida se va transformando a una que invita a la insurgencia, pues se afirma en los trabajos de Sánchez y Mertens (1983), Sánchez (1991) y Moreno (2012) entre otros, que la aparición de un bandolero político configuró una suerte de contexto de violencia y terror que particularmente se concentró en las bases campesinas que fueron perseguidas con argumentos políticos. Es así que, en las zonas donde la pugna bipartidista se expresaba con mayor vigor, los campesinos quedaron atrapados en las formas de represión por parte de grupos armados conformados por bandoleros pagados por jefes políticos de los partidos o terratenientes con posiciones políticas radicales que pagaban por la eliminación del aquel con posiciones contrarias.

La Violencia en Colombia logra promover una suerte de sujeto histórico diferenciado de las clásicas formas del bandidaje o del bandolero social, en tanto las formas en las que se genera represión sobre los colectivos campesinos comienzan un despliegue de formas de resistencia que terminan en la emergencia de líderes y promotores de la defensa y de la salvaguarda de la seguridad de las personas en su grupo o comunidad. Veamos ahora cómo se muestra la manera en que la Violencia y la política de gobierno ubicaron un escenario y crearon un contexto para la producción de un sujeto insurgente:

En Betania corrían muchas especies: que los godos, que la policía, que los muertos de tal parte, que los de tal otra, que por aquí, que por allí. En fin, el mismo disco con la misma sangre. Pedro, seguro, decidió quedarse en Betania. Tal vez porque vio que todo seguía igual o por eso que siempre le pasa a uno: que piensa que porque uno está trabajando honradamente -como le han enseñado a uno- a uno no le pasa nada, ni nadie lo puede atropellar, ni nadie lo puede asesinar.

Al poco tiempo llegó Lamparilla con Pájaro Azul a Betania, acompañado de varios tipos mal encarados y bien armados. Echaban tiros y vivas al partido conservador y a Laureano. El gobernador mandó a arrestar a Lamparilla y a Pájaro Azul, pero dos horas después el alcalde de El Dovio los hizo soltar. A la salida se trastiaron a los seis policías que habían en la cárcel y con ellos se tomaron El Dovio.

Después llegaron a Betania y luego a El Dovio trescientos jinetes armados que asesinaron más de cien personas. Nunca se sabía cuántos liberales caían. Quemaron y saquearon todo el comercio. Policía no había en ninguno de los dos pueblos porque estaban de a caballo obedeciendo órdenes de Lamparilla (Molano, 2017.pp 45-46).

El texto nos remite a varias consideraciones preliminares para mostrar algunos antecedentes de la emergencia del sujeto insurgente. Se puede observar una imposibilidad, que parte del accionar de la Violencia bipartidista, de la actividad productiva, en tanto muchas de las personas de la época no cuentan con las garantías estatales ni de la autoridad local para desarrollar actividades que puedan estar al margen de los conflictos políticos. En este sentido, las personas quedan sujetas al accionar de los encargados de la distribución de una justicia por propia mano que está ligada a la elección política por un partido, en este caso el conservador.

Ahora bien, la actividad productiva se queda relegada a un segundo plano, cuando el accionar intimidatorio ejerce un papel fundamental en la subjetividad, en tanto el peligro de muerte por causas políticas se torna una amenaza cotidiana que condiciona las decisiones de la vida de las personas. En el relato se aprecia la manera arbitraria en que bandoleros políticos ponen contra la pared la subjetividad de muchas personas, que a partir del temor deben tomar decisiones sobre sus vidas, en la mayoría de los casos la única posibilidad es el éxodo.

De Betania salió Pedro huyendo también, con una procesión larguísima. Los caminos entre La Primavera y Roldanillo, entre El Naranjal y La Primavera, se llenaron de perseguidos. Gente con sus cuatro chinos y sus dos gallinas; otros escotereros, porque no habían tenido tiempo de sacar ni a la mujer. A Roldanillo llegó todo ese mundo de familias empujadas por el miedo. Lo que a la gente le dolía era que las autoridades tenían las manos untadas con esa sangre que se comenzaba a regar. El alcalde de Roldanillo citó a una reunión y dijo que el que quisiera volver podía volver siempre y cuando firmara un certificado en el que renunciaba a su cuna liberal y se comprometía a votar por el partido conservador (Molano, 2017, pp. 46-47).

La actividad insurgente se empieza a configurar en el escenario de la Violencia en Colombia como respuesta a condiciones particulares de la vivencia cotidiana de las personas en sus contextos. Hemos visto en los relatos presentados cómo la relación discursiva se sostiene en unas formas de administración de lo subjetivo en función de las condiciones contextuales que viven las personas; los escenarios de violencia bipartidista lograron generar actividades de desplazamiento, pérdida de territorialidad, problemas de segregación y sentimientos relacionados con miedo y frustración. Todas estas condiciones, que van desde aspectos sociales hasta puramente individuales, conllevan la emergencia de diversos aspectos subjetivos y formas de individuo.

Cuando se habla de la emergencia de un individuo —de un sujeto— se habla de la configuración de un sujeto con condiciones emocionales, racionales y comportamentales definidas a partir de su contexto, los significados y de lo que puede interpretar y elaborar de ellos. Vygotsky (1987) reconoce la importancia de las herramientas de mediación semiótica en la producción de sistemas de ordenamiento de la realidad y la producción de fuentes conscientes que permiten operar sobre el mundo a partir de nuestras propias interpretaciones de él. Es así que la fuente para la producción de la subjetividad es la forma en que se combinan las fuentes externas mediadas por el lenguaje y sus significados y las herramientas desarrolladas en el individuo que le permiten organizar el mundo.

González Rey (2008) propone que la actividad de la producción subjetiva está también ligada con los aspectos emocionales que se encuentran en las actividades sociales; en este caso, la actividad interpretativa semiótica tiene un nicho en la afectividad, que permite un proceso constructivo en el que racionalidad y emocionalidad se entretajan para producir la conciencia de lo social y de sí mismo. Si ubicamos estas formas de construcción de la subjetividad, podemos dar cuenta de una vía de interpretación del sujeto insurgente, que ahonda en las implicaciones individuales más allá de las formas analíticas sociológicas e históricas.

Al retomar los relatos que nos ubican en un contexto particular en la vida de los sujetos y rastrear las formas en que emerge un tipo de sujeto social como el bandolero político podemos ampliar el escenario de comprensión hasta la forma en que subjetivamente se configura un insurgente. El concepto insurgente según la Real Academia de la Lengua Española refiere el significado de levantado o sublevado; si nos remitimos a la etimología de la palabra proveniente del latín, se configura a partir del prefijo in “sin”, del verbo surgere “levantarse” y el sujeto ente “agente”, es así que refiere al agente que se levanta, que se subleva.

Ahora bien, los relatos nos muestran sujetos que se han sublevado a cierto tipo de condiciones sociales, políticas y hasta económicas. Los discursos que se han presentado logran ubicar a los individuos en condiciones adversas sobre las que operan para producir formas de sobrevivencia y mantener sus vidas a salvo, además de buscar las garantías para la productividad de la que depende su sustento:

Marulanda los reunió y les comunicó que el ambiente para vivir se había acabado, y que la única solución era hacer política. Que dejáramos de pensar en los negocios o en las fincas, porque lo que tocaba era enfrentar a los señores conservadores. El personal le tenía mucha fe al hombre. Él era menor que muchos de sus primos y del personal con el aunque se alzó, y sin embargo, lo seguimos y lo acatábamos.
(...)

De esa reunión salió la primera guerrilla. Él distribuyó al personal para conseguir las tres cosas que se necesitaban para poder pelear: gente, plata e información (En Molano, 2017, pp. 52-53).

El relato permite observar la manera en que emerge el sujeto insurgente; en la configuración de la subjetividad se pueden rastrear emocionalidades que proyectan la frustración sobre la idea de Estado y autoridad, la imposibilidad de llevar a cabo proyectos productivos desligados de la violencia política y la constante amenaza sobre la vida. Se mantiene la perspectiva de un enemigo a enfrentar y la idea de organización grupal está en función de confrontar las amenazas que ese enemigo representa.

La figura del insurgente nace entonces como una configuración casi heroica que promueve el levantamiento sobre el orden establecido. En los relatos observamos una sublevación sobre las formas de producción de violencia que restringen las formas de vida social productiva y segregan comunidades enteras en función de la ideología política. Como hemos visto en el continuo de los relatos, el bandolero pasa de una experiencia de la vivencia de la injusticia a tomar una posición política, de la construcción de la insurgencia emerge una constitución subjetiva que lo implica en el cuidado de los grupos y comunidades en los que cae por los efectos del mismo contexto violento, con la convicción de producir formas de supervivencia, resistencia y alzamiento en contra de los que lo han puesto en el sitio del despojo y la frustración.

Referencias

- González R., F. (2008). Subjetividad social, sujeto y representaciones sociales. *Diversitas*, 4(2), 225-243.
- Hegel, G. W. F. (1973). *Fenomenología del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K (1983). *El Capital. El proceso de producción del capital. Tomo I. Vol. I.* México D.F.: Siglo XXI Editores. México.
- Molano, A. (2017). *Trochas y fusiles*. Bogotá: Debolsillo.
- Moreno, A. (2008). El «Palomo» Aguirre: Un caso de bandolerismo social en Colombia. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, (39), 157-180. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/27919987>
- Sánchez, G., & Meertens, D. (1983) *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia*. El Áncora Editores. Bogotá.
- Sánchez, G. (1991) *Guerra y política en la sociedad colombiana*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Steiner, C. (2006). Un bandolero para el recuerdo: Efraín González también conocido como "El Siete Colores". *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (2), 228-252.
- Vygotski, L. (1995). *Pensamiento y lenguaje*. Barcelona: Paidós.

Índice Temático

A

Acto

Pag: , 5, 10, 11, 12, 13, 20, 27, 28, 29, 31, 33, 38, 43, 44, 45, 46, 48, 49, 50, 52,

53, 54, 55, 56, 57, 63, 66, 67, 69, 74, 75, 107.

Amo

Pag: 16, 17, 33, 34, 50, 51, 52.

B

Bandolero

Pag: 11, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25.

Bandolerismo político

Pag: 109.

Bandolerismo social

Pag: 15, 16, 21, 26.

C

Comportamiento

Pag: 10, 13, 17, 42, 49, 50, 86, 88.

Conflicto armado

Pag: 10, 28, 53, 54, 83, 106.

Cultura

Pag: 26, 31, 34, 39, 44, 45, 49, 51, 52, 54, 76, 80, 81, 85, 86, 107.

D

Dialéctica

Pag: 16, 17, 33, 49, 51, 57.

Discurso

Pag: 21, 37, 51, 52, 62, 63, 72, 73, 97.

E

Emocional

Pag: 10, 12, 13, 28, 31, 34, 39, 50, 53, 54, 55, 56, 79, 81, 82, 83, 84, 91, 96, 97, 99, 100, 102, 106, 107.

Esclavo

Pag: 16, 17, 33, 34, 50, 51, 52.

Escuela

Pag: 12, 65, 69, 73, 82, 87, 88, 91, 92, 93.

F

Familia

Pag: 5, 12, 20, 21, 22, 58, 62, 68, 69, 73, 74, 79, 80, 81, 82, 83, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 96, 98, 99, 100, 102, 103, 104, 107.

Freud

Pag: 28, 31, 36, 40, 41, 49, 50, 51, 52, 54, 55, 76.

G

Guerra

Pag: 7, 9, 11, 12, 19, 21, 26, 29, 30, 38, 43, 44, 54, 55, 57, 60, 81, 82, 84, 90, 91, 94, 92, 98, 99, 100, 1001, 106.

Guerrilla

Pag: 11, 25, 59, 61, 64, 67, 79, 89, 94, 95, 96, 97, 101.

H

Hegel

Pag: 17, 26, 33, 34.

Héroe

Pag: 17, 40, 41, 42, 43, 45, 46, 50, 54, 76.

Histeria

Pag: 50, 52.

Histórico

Pag: 9, 11, 12, 15, 19, 23, 28, 31, 32, 39, 54, 57, 83, 95, 102, 103, 106.

Humano

Pag: 9, 10, 13, 31, 33, 35, 38, 39, 40, 44, 45, 50, 51, 73, 81, 92, 106, 107.

I

Ideal

Pag: 41, 53.

Identidad

Pag: 67, 79, 81, 82, 83, 87, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 96, 98, 100, 101, 102, 103, 104.

Identificación

Pag: 42, 52, 53, 58, 67, 69, 70, 103.

Infantil

Pag: 32, 40, 41, 50, 57.

Insurgencia

Pag: 10, 11, 13, 22, 25, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 52, 56, 57, 58, 63, 73, 74, 76, 79, 81, 82, 88, 89, 91, 92.

Insurgente

Pag: 3, 5, 10, 11, 12, 13, 23, 24, 25, 27, 28, 29, 30, 31, 33, 38, 43, 44, 46,

49, 50, 52, 53, 54, 55,
56, 57, 58, 59, 66, 67,
69, 72, 75, 81, 85, 88,
89, 90, 91, 93,
95, 96, 97, 107.
Introyección
Pag: 40.
L
Latinoamérica
Pag: 27.
Lazo
Pag: 51, 52, 55, 69, 98,
107.
Lenguaje
Pag: 24, 26, 36, 37, 39,
49, 51, 52, 76, 88.
Ley
Pag: 15, 29, 43, 44, 48,
49, 50, 52, 70, 84.
M
Madre
Pag: 20, 38, 59, 60, 66,
67, 87, 88, 89, 91.
Mamá
Pag: 58, 59, 60, 61, 62,
63, 64, 65, 67, 68, 70,
71, 72, 74, 75, 85, 86,
88, 89, 90,
96.
Mito
Pag: 34, 35, 36, 37, 38,
39, 40, 41, 44, 45, 46,
48, 49, 50, 52, 54, 58,
76.
Movimiento armado
Pag: 28.
N
Narrativas
Pag: 5, 10, 12, 79, 81,
82, 83, 84, 85, 92, 95,
100, 101, 102, 103.

Narcisismo
Pag: 40, 41.
Neurosis
Pag: 40.
Neurótico
Pag: 40, 41.
Niño
Pag: 32, 40, 41, 42, 43, 47,
60, 65, 89, 90, 94.
O
Objetor
Pag: 107.
Otro
Pag: 19, 21, 22, 30, 31, 33,
34, 35, 37, 38, 40, 44, 46,
48, 49, 50, 51, 52, 53, 55,
56, 57, 58, 59, 62, 67, 68,
70, 74, 79, 84, 86, 87, 89,
91, 92, 94, 98, 101, 107.
P
Padre
Pag: 28, 38, 40, 41, 46, 51,
59, 61, 62, 66, 67, 73, 85,
86, 87, 91, 93.
Papá
Pag: 59, 61, 62, 63, 64, 65,
66, 67, 68, 87, 89, 97, 101.
Pasiones
Pag: 9, 31, 53.
Pares
Pag: 69, 92, 93.
Paz
Pag: 7, 9, 10, 11, 12, 13, 42,
46, 55, 57, 79, 102, 103, 106.
Pentesilea
Pag: 38, 43, 44, 50.
Personalidad
Pag: 10, 12, 36, 66, 70, 81,
83.

Político
Pag: 11, 15, 18, 19, 20,
21, 22, 24, 29, 30, 37,
61, 62, 73, 79, 81, 88,
89, 92,
103, 104.
Profesor
Pag: 28, 72, 74, 91.
Profesora
Pag: 63, 70, 71, 73
Prometeo
Pag: 38, 43, 44, 45, 46,
48, 50, 76.
Proyección
Pag: 100.
Psicoanálisis
Pag: 31, 34, 35, 36, 40,
55, 76.
Psíquico
Pag: 13, 31, 35, 49, 50,
55, 58, 83, 106, 108.
Pulsión
Pag: 31, 54.
R
Rebelde
Pag: 5, 11, 13, 16, 17,
18, 27, 29, 38, 44, 45,
46, 52, 56, 57, 58, 93.
Rebelión
Pag: 16, 27, 28, 29, 31.
S
Significante
Pag: 51, 52, 55, 58.
Singularidad
Pag: 107.
Social
Pag: 9, 11, 12, 13, 15,
16, 17, 18, 19, 20, 21,
22, 23, 24, 25, 26, 29,
31, 32, 33,

36, 37, 38, 39, 44, 51, 52,
55, 56, 59, 69, 79, 80, 81,
82, 83, 84, 86, 88, 89,
90, 92,

93, 94, 96, 97, 99, 102,
103, 104, 106, 107,

Sistemas vinculares

Pag: 91.

Subjetividad

Pag: 23, 24, 25, 26, 31.

49, 50, 52, 75, 80, 81, 82,
100, 104, 107.

Subversivo

Pag: 28, 56.

Sujeto

Pag: 5, 9, 10, 11, 12, 13,

17, 18, 23, 24, 25, 26, 28,

29, 31, 33, 34, 35, 36, 38,

39, 40, 49, 50, 51, 52, 53,

54, 55, 56, 57, 58, 69, 75,

80, 81, 82, 83, 84, 85,

87, 88,

89, 90, 92, 95, 102, 104,

106, 107.

V

Verdad

Pag: 34, 35, 36, 39, 49, 55,

60, 64, 76, 81, 103.

Vida civil

Pag: 19, 83, 84, 98, 101,

102.

Y

Yo

Pag: 21, 22, 35, 41, 48,

53, 57, 58, 59, 60, 61, 62,

63, 64, 65, 66, 67, 68, 69,

70, 71,

72, 73, 74, 75, 86, 87, 88,

89, 90, 91, 93, 94, 95, 96,

97, 98, 99.